

Feliz Pascua a todos. Cantamos "O Holy Night" en Navidad, recordando la noche del nacimiento de nuestro querido salvador, pero realmente, esta noche es la noche más santa. Esta noche, celebramos la verdadera razón de nuestra fe: Jesucristo resucitó de entre los muertos.

Este fue un evento sin precedentes; literalmente, no había ningún precedente. Estar muerto y permanecer muerto era algo que todos los seres humanos compartían en común, era el gran ecualizador; no importaba quién eras, desde el rey más grande hasta el esclavo más humilde, si tu tumba era el Taj Mahal o una tumba sin nombre, la muerte era la muerte, y no había nada que pudieras hacer al respecto. La muerte era inevitable, era universal y era permanente.

Pero aún más que eso, era la oscuridad. Vivimos de este lado de la resurrección, así que cuando hablamos de la muerte, lo hacemos recordando la victoria de Cristo sobre ella. Tenemos razones para esperar que nuestros seres queridos que han muerto estén en un lugar mejor que nosotros, porque están en la presencia del Señor. Pero eso solo ha sido verdad durante los últimos dos mil años. Durante muchos, muchos milenios antes de eso, la muerte significaba el final. Fuimos excluidos del paraíso debido a nuestros pecados. Como al final del día, cuando el sol se pone y quedamos en la oscuridad, al final de nuestras vidas, la luz se desvaneció lentamente, hasta que todo estuvo oscuro en la muerte.

Cuando Jesús vino, todo eso cambió. Durante sus tres años de ministerio, nos mostró un atisbo de su poder sobre la muerte al traer a algunos de entre los muertos, como la hija de Jairo y su amigo Lázaro. Pero esas sanaciones fueron solo temporales, eventualmente murieron de nuevo, esta vez para siempre. Él nos mostró su máximo poder esta noche, cuando él mismo entró en la muerte y la conquistó para siempre. Su nueva vida es permanente, eterna, y eso es lo que nos ofrece.

Esto se expresa de manera muy conmovedora en nuestra liturgia de la Vigilia Pascual. Comenzamos en completa oscuridad, porque estaba oscuro en la tumba donde Jesús se acostó, estaba oscuro en nuestros corazones sabiendo que habíamos crucificado a nuestro Señor, estaba oscuro en el mundo porque la muerte aún no había sido vencida. Pero entonces, un único punto de luz brilla en esa oscuridad: el cirio. El diácono canta: "Cristo nuestra Luz", y respondemos: "Gracias a Dios", porque ese cirio representa la luz de Cristo en nuestra oscuridad, y esa luz se extiende por toda la iglesia a cada uno de nosotros, a medida que se extiende alrededor del mundo. Luego escuchamos el antiguo himno, el Exsultet, "Regocíjate, poderes celestiales, canta, coros de ángeles". ¡Jesucristo, tu rey, ha resucitado! "

A continuación, nos deleitamos con la historia de la obra de Dios en la historia, empezando por el principio con "Hágase la luz". Recordamos cómo salvó a la

gente elegida de la esclavitud en la Pascua original. Escuchamos que el profeta Isaías nos dice que el Señor promete levantar un descendiente de David. Y escuchamos que San Pablo nos recuerda que si somos bautizados en su muerte, también somos bautizados en su resurrección. Todo esto para ayudarnos a comprender el significado del evangelio: Cristo la Luz, el Hijo de David, se sacrificó a sí mismo como el cordero de la Pascua y resucitó de entre los muertos.

Así que es apropiado que en esta noche, recibamos en la Iglesia Católica a aquellos que se han estado preparando para unirse a nosotros. Bendecimos el agua con el cirio, profesamos la fe de nuestro bautismo, lavamos a nuestros catecúmenos de sus pecados con el bautismo, y todos somos rociados con el agua bendita para recordarnos a nosotros mismos de nuestro propio bautismo. Sellamos con el don del Espíritu Santo a aquellos que han alcanzado una fe madura con la Confirmación.

Y luego, por supuesto, celebramos la Eucaristía, la fuente misma y la más alta expresión de nuestra comunión con Dios. Así como primero las santas mujeres atestiguaron el cuerpo glorificado del Señor Resucitado, y más tarde los apóstoles y muchos de los discípulos, entonces recibimos ese mismo cuerpo glorificado en la Eucaristía, y damos nuestro propio testimonio al hecho de que Cristo nuestra Luz es Resucitado.

Esta liturgia despierta en nosotros un sentimiento de admiración por lo que nuestro Señor pudo lograr con su gran amor por nosotros. Nos despierta el deseo de alabar al Señor por su bondad y su misericordia. Nos despierta un sentimiento de gratitud hacia nuestro Señor por salvarnos de nuestros pecados, por vencer la oscuridad, por destruir el poder de la muerte. Y nos ayuda a entender el regalo que tenemos para compartir con el mundo. Proclamemos a todo el mundo que la oscuridad ha sido vencida, porque el Señor ha resucitado.

Happy Easter everyone. We sing “O Holy Night” at Christmas, remembering the night of our dear savior’s birth, but really, tonight is the most holy night. Tonight, we celebrate the very reason for our faith: Jesus Christ rose from the dead.

This was an unprecedented event; literally, there was no precedent. Being dead and staying dead was something that every human being shared in common, it was the great equalizer; no matter who you were, from the greatest king to the lowliest slave, whether your tomb was the Taj Mahal or an unmarked grave, dead was dead, and there wasn’t anything you could do about it. Death was inevitable, it was universal, and it was permanent.

But even more than that, it was darkness. We live on this side of the resurrection, so when we speak about death, we do so while remembering Christ’s victory over it. We have reason to hope that our loved ones who have died are actually in a better place than we are, because they are in the presence of the Lord. But that’s

only been true for the last two thousand years. For many, many millennia before that, death meant the end. We were shut out from paradise because of our sins. As at the end of the day, when the sun goes down and we are left in darkness, so at the end of our lives, the light slowly faded, until all was dark in death.

When Jesus came, that all changed. During his three years of ministry, he showed us a glimpse of his power over death by bringing some back from the dead, like Jairus' daughter and his friend Lazarus. But those healings were only temporary, they did eventually die again, this time for good. He showed us his ultimate power tonight, when he himself entered death, and conquered it for good. His new life is permanent, eternal, and that is what he offers to us.

This is expressed very poignantly in our Easter Vigil liturgy. We begin in complete darkness, for it was dark in the tomb where Jesus laid, it was dark in our hearts knowing that we had crucified our Lord, it was dark in the world because death had not yet been conquered. But then a single point of light shines in that darkness: the Easter candle. The deacon chants, "Christ our Light," and we respond, "Thanks be to God," because that Easter candle represents the light of Christ in our darkness, and that light spreads then throughout the church to each of us, as it spreads throughout the world. Then we listen to the ancient hymn, the Exsultet, "Rejoice, heavenly powers, sing, choirs of angels. Jesus Christ your king has risen!"

Next, we revel in the story again of God's work in history, starting at the beginning with "Let there be Light." We remember how he saved the chosen people from slavery at the original Passover. We hear the prophet Isaiah tell us that the Lord promises to raise up a descendent of David. And we hear St. Paul remind us that if we are baptized into his death, we are also baptized into his resurrection. All of this to help us understand the significance of the gospel: Christ the Light, Son of David, sacrificed himself as the Passover lamb, and rose from the dead.

So it is fitting that on this night, we welcome into the Catholic Church those who have been preparing to join us. We bless the water with the Easter candle, we profess the faith of our baptism, we wash our catechumens clean from their sin with baptism, and we are all sprinkled with the holy water to remind ourselves of our own baptism. We seal with the gift of the Holy Spirit those who have reached a mature faith with Confirmation.

And then of course, we celebrate the Eucharist, the very source and the highest expression of our communion with God. Just as first the holy women witnessed the glorified body of the Risen Lord, and later the apostles and many of the disciples, so we receive that same glorified body in the Eucharist, and we give our own witness to the fact that Christ our Light is Risen.

This liturgy awakens within us a sense of awe and wonder at what our Lord was able to accomplish with his great love for us. It awakens within us a desire to

praise the Lord for his goodness and his mercy. It awakens within us a sense of gratitude to our Lord for saving us from our sins, for overcoming the darkness, for destroying the power of death. And it helps us understand the gift that we have to share with the world. Let us proclaim to all the world that the darkness has been overcome, because the Lord is risen. He is risen indeed.